

Engarabitada sobre el muro viejo,  
la parra sacude sus pámpanos trémulos,  
y su monocordio la cigarra hiriendo,  
le dice al racimo: «madúrate presto».

La limpia garrafa del hombro pendiendo  
y al cinto el estuche de anises repleto,  
van los aguadores errantes vendiendo  
*¡agua de la Alhambra, fresca como el hielo!*

Los chumbos pajizos, panales abiertos  
de tonos cual ámbar y pétalos recios,  
extienden sus flores por valles y cerros,  
orlando las pencas de extraño arabesco.

Del agua que ríe se escuchan los ecos  
que van resbalando por sitios secretos;  
parece al oírlos el alma en suspenso,  
canción subterránea de gnomos y genios.

En el bello carmen de flores cubierto,  
detrás de las hojas se ampara el insecto,  
jadea en los nidos el pájaro inquieto,  
y zumba la mosca pasando y viniendo.

La ciudad dormita su cálido sueño,  
relumbran las calles, se extinguen los ecos;  
y entre el sol que abrasa canta un pregonero:  
*¡Sandías de Soto!, ¡rajás, como el fuego!*

## ASCUA

Vierte la cigarra  
su vaso de fuego,  
su ánfora armoniosa de trémula lumbre  
cual si de una fuente manase cayendo.  
Un bordón de guitarra morisca  
que nunca ve roto su largo lamento,  
un bordón de una llama tejido,  
un alambre armónico de sonos de incendio,  
parece la cuerda de lumbre cantora  
del cálido insecto.  
Desde el alto púlpito de un chumbo dorado,  
lanza la cigarra su sermón violento,  
toca la cantora su fibra estallante  
y arranca á la cuerda su lírico estruendo.  
Es ascua canora,  
arpa de dos élitros,  
lira de dos alas,  
pandero africano, monocordio griego,  
crótalo incansable de dos brasas roncadas  
que tocan el himno del sol y del fuego.

Oidla en el pecho naciente de Cloe  
 madurar el doble racimo del seno,  
 cual si en él cantaran los altos capullos  
 formados de broches rosados de almendro.  
 La cigarra es la voz de la vida,  
 una gata del sol hecha verso,  
 un ascua sonante,  
 arpa de dos élitros,  
 lira de dos alas,  
 pandero morisco, crótalo bohemio...

#### LOS PAJAROS

Con plumas armoniosas, Dios hace un solitario:  
 en sus instantes bellos, combina los vestidos  
 diversos de las aves, y coge un haz de plumas  
 y las desriza y tiende sobre un tapiz de luces  
 para formar conjuntos de acordes armonías.  
 ¿Visteis de un azulejo la línea fragmentaria  
 que lo colora y brinca á otro azulejo claro  
 dejándolo prendido también en el dibujo  
 que va desarrollando su tema por el zócalo?;  
 lo mismo la dalmática de un pájaro divino  
 Dios hace, entretejiendo las cien fichas de plumas,  
 como quien hace un lento dibujo de matices.  
 Y como tienen músicas los dedos polifónicos  
 de Dios, á cada pluma bellísima que prende  
 suena también la nota del génesis de un canto  
 que al par del rico tema de plumas combinadas  
 se va desenvolviendo como otro tema músico  
 que corresponde al pájaro para quien es la tónica.  
 Un doble solitario de plumas y de notas,  
 un tema paralelo de sonos y de trinos,  
 está Dios diseñando mientras feliz sonríe

al ver lo bien que salen del haz de la baraja  
 las rosas, los añiles, los oros, los cobaltos,  
 y cómo se concuerdan las sartas de gorjeos  
 del musical mosaico con el alado traje.  
 La pluma, de arreboles teñida, en que Dios toca,  
 resuena como tecla divina de un armónium  
 al par que como tecla de un manto de colores.  
 Y este ejercicio bello de Dios, sólo es la gracia  
 de sus instantes leves de plácido reposo  
 en los que ríe y juega mirando cómo brotan  
 de entre sus dedos prismas y armónicas cadencias.  
 Cual se entretiene un niño tirando al aire suelto  
 flotantes pompas hechas con frágiles espumas  
 que del jabón chorrean como una blonda mágica,  
 Dios se entretiene echando desde sus dedos sumos  
 al golfo de los cielos los pajaros que forma,  
 á los que da carrera como á una pompa música  
 que va presa en dos alas y va al andar cantando.  
 Junta las manos, sopla, y sale una oropéndola;  
 vuelve á juntar de nuevo las manos prodigiosas,  
 y sale un chorro alegre de líricos jilgueros  
 que van trinos y escalas y notas goteando;  
 junta otra vez los dedos, y á un soplo de armonía,  
 sale el gentil milagro del ruiseñor; los junta  
 de nuevo, sopla un largo reguero de sonidos,  
 y sale echando rizos de notas un canario.  
 Y este ejercicio bello de la Suprema Gracia  
 llena de errantes pompas los valles y las selvas,  
 las vastas praderías, los épicos pinares,  
 los grandes conos bíblicos de los azules montes.  
 Sopla con risa plácida, y surge una paloma;  
 sopla con arte sumo, y brota un cisne negro;  
 sopla con ira, y salen las águilas de guerra;  
 sopla potente, y vuelan los cóndores altísimos;  
 sopla violento, y brotan los grandes avestruces  
 que el arenal recorren con las inmensas zancas...

## LA MUSA DEL HENO

*A Diez-Canedo.*

Un ropaje vago de esencias, vestía  
 la musa del heno,  
 una libre túnica de aromas, que al paso  
 saturó de armonías mi pecho.  
 El sorbo de magia  
 mareó mi frente con luces de ensueño,  
 y volví los ojos para ver la imagen  
 que entre un torbellino de alegres insectos,  
 cual un rayo de sol en pie, iba  
 deslizándose su giro quimérico.  
 Iba resbalando sin rozar las cosas,  
 con los pies calzados de luz y misterio,  
 iba resbalando sobre las espigas  
 como por llanuras de ritmos de fuego,  
 como por sembrados de flautas de oro  
 que musiqueaban al soplo del viento.  
 Entre el sol de Junio, llevaba el ropaje  
 sobre el rubio cuerpo  
 abierto en dos hojas cual las de un sagrario  
 y con mil encajes de amapolas sueltos.

Un collar de nidos  
 llevaba en las curvas redondas del seno,  
 de nidos con músicas  
 de pájaros nuevos,  
 que ella al ir andando los iba criando  
 metiendo en sus picos pajizos y abiertos,  
 cuajarones de sol rubicundo  
 con el palpitante temblor de sus dedos.  
 Un manto larguísimo de tul como el ámbar  
 desde los omóplatos colgábale al suelo,  
 que atrás se quedaba, peinando, peinando  
 dorados trigales, felposos centenos,  
 que se estremecían con leves temblores  
 de rayas, de rizos, de luces, de besos.  
 Y lo que tocaba la diosa impalpable  
 con su paso lírico, quedábase lleno  
 de esperanza dulce, de armonía santa,  
 de frescor eterno.

Iba vaporosa sobre los paisajes,  
 como el alma rubia de los campos bellos,  
 como desposada con velo de espigas  
 y aristas doradas de panes morenos.  
 Musical aroma  
 iba repartiendo  
 sobre cuantas vidas hallaba á su paso  
 por los errahundos, trezados senderos.  
 Al cruzar un hombre, se arrancaba un nido  
 del collar del seno  
 y se lo ponía sobre la cabeza  
 sin que él percibiera su ingrávigo peso,  
 y el nido invisible llevaba cantando  
 en un equilibrio de encanto perpetuo.  
 Pasaba otro triste  
 y afable otro nido quitaba á su pecho  
 y se lo colgaba de la sien marchita  
 para que soñase su música oyendo.

La repartidora de magia sublime,  
 la repartidora de encanto y de ensueño,  
 veía á un anciano y ataba á sus sienes  
 un trémulo nido de pájaros tiernos,  
 para que engañado por dulces cadencias  
 buscara su música mirando á los cielos.  
 A un errante niño  
 un nido le puso prendido al cerebro,  
 y el muchacho alegre bailaba, bailaba,  
 cargado de pájaros, de notas y versos.  
 Halló en su camino  
 una viejecita como un esqueleto  
 que misericordia ponía en el alma,  
 que la carne abría su gemir enfermo,  
 y arrancóse un nido  
 del collar de pájaros la musa riendo,  
 y lo puso en la frente caduca  
 igual que una flata de santo misterio,  
 y la anciana doliente refa  
 cual si recalara la vida sus huesos.  
 Y el de ruiseñores de pico sagrado,  
 nido que llevaba la diosa en el pecho  
 y guardó inspirada  
 para alguna frente de brillo supremo,  
 lo puso en la frente de luz del poeta,  
 cual ánfora lírica colmada de genio,  
 cual cáliz de notas para que lo lleve  
 sobre el pensamiento,  
 y ante él ¡sacerdote! postradas comulguen  
 las generaciones con ritmos eternos.  
 Andaba la musa de manto larguísimo  
 que desde los hombros colgábale al suelo,  
 y atrás deslizábase peinando los lagos,  
 hollando los valles de verde cubiertos,  
 barriendo hojarascas rodantes y locas,  
 felposos trigales y rubios centenos.

## LA MUSICA DE DIOS

Está todo empapado de músicas recónditas;  
la esencia, lo más hondo del Orbe, es melodía,  
es aleteo lírico. ¿No oís cantar enjambres  
en el silencio santo de las cerradas piedras?  
¿no oís zumbar el fondo macizo del peñasco,  
lo mismo que si un órgano tuviera en las entrañas?  
¿no os da en la cara el vuelo del himno religioso  
con que los soles trazan su redondel eterno,  
atados, como estrofas, á leyes inmutables?  
del ígneo semillero del cáliz de una rosa,  
¿no oís salir un salmo cantado por cien folios,  
cantado por cien hojas? ¿No oís el son gigante,  
como de trompas bárbaras, que en todo lo creado,  
igual que en instrumento vastísimo, producen  
los pies más invisibles del más frágil insecto?

Cuando un cínife corre por la hoja de una caña,  
 estremecido tiembla con mil sonoridades  
 el tímpano sagrado de cielo, mares, montes;  
 si pisa un elefante, retumba los oídos  
 de insólito tumulto; si da una mariposa  
 contra el cristal del aire, se siente un largo trueno  
 en todo el gran teclado de mundos cadenciosos;  
 es cual de alejandrinos flotantes, el murmullo  
 santísimo del agua; hay ópera por dentro  
 de todas las espigas, más sabias que los sabios;  
 si daís con un objeto en cada piedra muda,  
 en cada fino acero, en cada hueso ó vidrio,  
 ó en el bambú que tiene las fichas de un teclado,  
 oiréis cómo la música diversa se desprende  
 de la sonante piedra, del fondo del acero,  
 del hueso musicable, del vidrio filarmónico,  
 y del bambú rayado lo mismo que un pentágrama;  
 y, pues si todo canta con el Idioma Sumo,  
 ¿cómo no oís cien misas en el Misal Inmenso?  
 Y si es en los sonidos que brotan de los fondos  
 distintos de las almas, ¿no oís cómo denuncia  
 cada garganta, hiriendo las líricas vocales,  
 la fibra de un carácter, la gama de un espíritu?  
 Del horizonte doble de unos divinos ojos,  
 ¿no veís cómo derraman diversas melodías  
 los negros, los castaños, los verdes, los azules,  
 y cómo cada excelso color maravilloso  
 tiene sus musicales orquestas interiores?  
 La voz es pleno chorro de música sensible,  
 los ojos son dos líricos y sacros manantiales,  
 en los que está, hecho tintas, el corazón melódico,  
 el corazón, que tiene pasión, violencia y ritmo;  
 y todos los espíritus sembrados en la carne  
 del hombre, cual los sonos de claros nacimientos,  
 componen una orquesta. Hasta en el signo impreso  
 del libro, está la música; no canta, pero sube

por el mental silencio de la sentida página  
 un celestial murmullo de abejas zumbadoras  
 borrachas de pistilos y enjambres creadores,  
 una marea eufónica, un oleaje armónico,  
 que empapa nuestros sueños de gamas musicales.  
 En lo hondo de la fuente de las palabras presas,  
 está, como una náyade, la voz del que las dicta,  
 y sube cual un canto de magia á nuestra frente;  
 es el advenimiento de Dios á nuestro espíritu  
 por medio del gran Cristo de la palabra impresa;  
 un sacrosanto dedo de Dios es cada pluma.  
 Y pues si todo es lírica, ¿cómo no oís la múltiple  
 que brota de la Gracia de todo el Universo?  
 Desconocéis las sendas de las pristinas fuentes,  
 no hacéis de cada poro un palpitante oído,  
 no hacéis de cada nervio un conductor del canto  
 que venga del origen de la Armonía Suma,  
 y vais á oír á Cristo, que recogió su rítmica  
 del Manantial Primero; y vais á oír á Séneca,  
 que recogió su esencia del chorro primitivo;  
 y vais á oír á Budha, Confucio y Aristóteles,  
 que en el pezón bebieron de las primeras ubres,  
 y vais á oír ansiosos los hombres patriarcas  
 á los que dió su sangre la gran Naturaleza  
 y amamantó Dios mismo con rayos de su seno.  
 Tan sólo sois fonógrafos de cera impresionable,  
 que repetís las frases, conceptos y parábolas  
 de frentes primordiales, de espíritus veneros.  
 Vosotros sois ineptos para beber la música  
 con labios virginales, del Río Originario,  
 y carecéis de oído que, puesto á flor del aire,  
 escucha la baraja sin número de cielos;  
 que aplícase á una piedra, y escucha el Himalaya;  
 que ausculta en el silencio la gota de rocío,  
 y siente el portentoso concierto de los mares.  
 Vuestro insonoro tímpano, pajizo y recortado

del trozo cadavérico de un rancio pergamino,  
tan sólo oye las voces en vastas bibliotecas  
que exhalan los infolios. Y al lado de la estufa  
desvalijáis á Brahma, desvalijáis á Cristo,  
y á todo el que atraviesa cargado de mies áurea,  
de polen y de sándalo, de rosas y panales...

¡OH TERESA! ¡OH DOLOR!...

*Al gran historiador y crítico  
Antonio Cortés.*

Al evocar tu infortunada historia,  
hecha á buril en la memoria mía,  
te alzas, pobre mujer, en mi memoria,  
trágica en el dolor de tu agonía.

Y viendo lo infinito de tu pena,  
lo espantable y lo atroz de tu quebranto,  
piedad sin fin el corazón me llena  
y se desborda de mi pecho el llanto.

Y aun en el mismo lodo derribada,  
y rota, y muerta, te hago, victoriosa,  
en las regiones de la luz, mi amada;  
ante los siglos y ante Dios, mi esposa.

No estás sola en el tiempo, estás conmigo,  
yo ni tu honor insulto ni te engaño;  
mi gran misericordia te da abrigo,  
y en tu noche perpetua te acompaño.

A devorar te doy la carne mía  
para que el hambre, ¡oh triste!, satisfagas,  
y á beber de mis venas la energía  
á ver si el ascua de tu sed apagas.

Hambrienta y sola, sin calor ni lecho,  
entre las calles al azar vagando,  
por la vergüenza retorcido el pecho,  
fué tu dolor la caridad llamando.

Y siendo poco el verte derribada  
por quien te amó, que encenagó tu vida,  
empezaste á rodar por otra grada  
que deshojó tu cuerpo en la calda.

Azotada por todos los rigores  
como brutales látigos de acero,  
llevaste, ¡infeliz mía!, tus dolores  
hasta el más hediondo estercolero.

Y cuando en mil jirones te rasgaron  
hombres y acasos, zarpas y quimeras,  
aún el rostro divino te azotaron  
borrachos, y canallas, y rameras.

Sin cielo ya y sin Dios, abandonada  
te viste al fin en tu martirio horrendo,  
entre gusanos, como Job, sentada  
en el inmundo muladar gimiendo.

Corroída por todos los pesares,  
viste todos los templos solitarios,  
entre tinieblas todos los altares,  
mudas las aras, rotos los sagrarios.

¿Y tú fuiste, mujer, idealizada  
por el arpa de un Dios? ¡Loca mentira!;  
fuiste vilmente y á traición ahorcada  
por las cuerdas infames de una lira.

Tú soñaste que sólo es el poeta  
transformación de Dios en criatura,  
fe, luz amor, inspiración secreta,  
alta torre de sol y de hermosa.

No es mucho abandonar, si eso fingiste,  
hijo, esposo, esplendor, en tu sendero;  
¿un poeta es un Dios? Tú lo seguiste  
como quien sigue á Dios, que es lo primero.

Y como pura alondra fascinada  
por el influjo de poder ignoto,  
bajaste, entre lo azul, encandilada,  
desde tu cielo espléndido y remoto.

Y cuando tierno tu candor creía  
asir al dios en el ansiado lecho,  
viste que el dios, ¡oh asombro!, guarecía  
un sapo inmundo en lo interior del pecho.

¡Espanto, horror, iniquidad sin nombre!;  
del lecho de ilusión se levantaba  
una víbora fétida; era el hombre  
que del vate su piel desenroscaba.

¡El hombre, no el altivo caballero,  
no el paladín de temple soberano  
que en el casco inmortal lleva el plumero  
hecho con timbres del decoro humano.

Cual Lucrecia á quien Bruto sorprendía,  
diste un lamento aterrador de hiena  
que en nuestras almas zumba todavía  
y en el ancho curso de los tiempos llena.

Diste un grito al mirarte en el vacío  
ya sin tu esposo, loco de amargura,  
sin hijo, sin honor, sin poderío,  
sin poeta, sin cielo y sin ventura.

Y agitando en un vértigo los brazos  
para agarrarte de tu infiel anhelo,  
te deshiciste en cien mil pedazos  
al despeñarte desde el quinto cielo.

Y sin un ser á tu piedad devoto  
que te ayudara, sola cual ninguna  
te pusiste á coger tu ensueño roto  
engranando sus chispas, una á una.

Y así te evoco; en incesantes giros  
recogiendo, hechos polvo, tus empeños,  
soldando tus cristales con suspiros,  
reconstruyendo el vaso de tus sueños.

Yo ayudaré á tu mano, ¡infeliz mía!,  
á coger el collar desparramado,  
á alzar del suelo tu hostia de poesía  
y á restaurar tu cáliz consagrado.

Tu deshecho collar que el lodo entierra,  
yo ataré en otras hebras ideales,  
y elevará tu frente de la tierra  
todas sus perlas, puras y cabales.

Llevando en tus entrañas un infierno,  
aun de la misma tumba te levantas;  
clama justicia tu dolor eterno,  
y al exigirla vengadora, espantas.

Tú no fuiste la hipócrita perjura  
que traicionaba al cónyuge no amado;  
tú fuiste la engañada sin ventura,  
y en vez de esposa, el siervo encadenado.

Y en una viva hoguera transformada  
por el vate inmortal de tus dolores,  
abandonaste, ciega, tu morada,  
que jamás mundo fué de tus amores.

Mas, ¡oh dolor tremendo de tu vida!,  
al ir loca detrás de la fortuna,  
dejaste atrás en medio de la huida,  
el mecedor rosado de una cuna.

Y esa cuna de luz, mujer demente,  
como un péndulo eterno del pecado,  
fué rodando en tu pecho eternamente  
como un vaivén de pena acompasado.

Y aun en las horas de placer más hondo,  
viendo los ojos de tu dios querido,  
miraste siempre en su abrasado fondo,  
rodar la cuna cual se mece un nido.

Los labios del poeta te prendieron  
con luz tan poderosa, tan intensa,  
que hasta tus huesos míseros ardieron  
en la crujiente llamarada inmensa.

Y hastiado de tu cuerpo, tus favores  
á otras manos sus manos relegaron;  
no sólo te manchó con sus amores,  
sus amigos también te profanaron.

Y por una pendiente traicionera  
que cuenta los peldaños por delitos,  
tu dios te echó á rodar por la escalera  
que acaba en los tormentos infinitos.

Y mientras tú arrojada al pudridero,  
llorabas en tu trágica agonía,  
aclamaba á tu dios Madrid entero  
en el triunfo inmortal de la poesía.

¿Poesía la que infama y te traiciona?  
¿poesía la que culpa y te condena?  
¡La lira, al ser de Dios, siempre perdona,  
y no hiere, ni mancha, ni envenena!

Desprecio las alturas del renombre  
y á sus triunfos escupo irreverente,  
cuando no está sobre el poeta el hombre  
tocando en las estrellas con la frente.

O bestia, ó dios; y si al inmundo y necio  
defiende el vate cual tras recia valla,  
hasta al mismo poeta lo desprecio  
por escupir al rostro del canalla.

Y ambicionaran mis robustos brazos,  
para herirlo, los rayos de Isafas;  
y para tí, mujer hecha pedazos,  
los trenos de dolor de Jeremías.

Que no merece rosas de los valles  
sino las rejas de trenzados hierros,  
quien la santa mujer tira á las calles  
para comida de hombres y de perros.

Ardiendo de dolor, mi lengua viva,  
 escupe hasta al crestón más eminente;  
 y llega hasta los cielos mi saliva,  
 ¡porque el cielo principia en nuestra frente!

Y tú, infeliz mujer, amada mía,  
 ya por filtros de sol clarificada,  
 rezumada por vasos de armonía  
 y hecha perlas de luz glorificada.

Tú, que subiste todos los teclados  
 que llevan al dolor, y recorriste  
 la escala de crisoles engarzados  
 donde todas tus culpas redimiste!

Tú, que, por bella, amaste sin medida,  
 y sufriste por todas las mujeres;  
 que tuviste hambre y sed, y fué tu vida  
 ir pisando por bosques de alfileres:

Tú, limón de acritud, adelfa amarga,  
 cicuta de dolor, cincel de llanto,  
 ciprés que el sol, al extinguirse, alarga,  
 hostia de acibar, cáliz de quebranto,

Ven á mí, soy tu amado, soy tu esposo;  
 del suelo te recojo y eres mía,  
 é ilumino tu barro polvoroso  
 reconstruyendo tu ara de poesía.

Tú eres la virgen, la infeliz esposa,  
 la madre de pesar despedazada,  
 la hambrienta, la caída, la haraposa,  
 ¡la mujer de dolor santificada!

Ven á mí, inmenso vaso de dolores;  
 soy tu amor, soy tu hermano, soy tu amigo...  
 ¡¡Con mi mano inmortal de resplandores,  
 en el nombre de Dios, yo te bendigo!!

#### LAS VIDRIERAS GOTICAS

¿Qué sueñas tan alta, gentil vidriera?  
 ¿qué sueñas tan alta, melódica ojiva,  
 toda melancólica, toda lastimera,  
 toda interesante, toda pensativa?...

De escuchar las flautas del órgano grave,  
 te has ido volviendo romántica y pura,  
 te has ido nublando de un sueño suave  
 que un vidrio te vuelve de casta hermosura.

Ya tus tintas bravas no son alaridos,  
 un polvo de siglos quebró sus rigores,  
 y dejó tus tonos de salmos vestidos,  
 de credos de luces y salves de flores.

Cristales en éxtasis, dormidos cristales  
 parecéis arriba, claras vidrieras,  
 cual si se asomaran á los ventanales  
 rosas peregrinas de otras primaveras.

El templo idealiza los tonos violentos,  
 educan las lámparas y los incensarios,  
 casi tus colores ya son sentimientos  
 y luces y prismas de nobles rosarios.

Quien limpie del polvo que dan las edades  
la gótica ojiva, que rueda á sus plantas ;  
los tules del polvo son idealidades  
que vuelven las cosas sublimes y santas.

¿Qué gran sacerdote de frase severa  
dirá lo que dice la angélica ojiva,  
toda ensoñadora, toda lastimera,  
toda interesante, toda pensativa?...

Para mí los vidrios que en luces se enrosan  
no son sólo efectos de luz teatrales,  
son púlpitos vivos que flores rebosan,  
son áureas ringleras de abiertos misales.

Sonámbulos llenos de vaga poesía  
mientras velan, tejen su luz de colores,  
como centinelas que aguardan el día  
para dar al templo su *¡alerta!* de flores.

Cual hojas de un libro de eterna dulzura  
abren las ojivas sus puros cristales,  
y una Pascua alegre de paz y hermosura  
llueve de los vidrios sus risas triunfales.

En ellos hay presas largas letanías,  
trémulas salmodias, líricas escalas,  
viven replegadas hondas profecías,  
y abren los arcángeles, llamando, las alas.

Y desde sus áureas, gloriosas banderas  
tejidas con tonos de ensueño indeciso,  
parece que mana de las vidrieras  
gracia en flor, venida de otro Paraíso.

Como las alondras van fanatizadas  
hacia las linternas nocturnas y vivas,  
torbellinos de almas van encandiladas  
hacia las teológicas mentales ojivas.

Para mí, del templo bajo los palmares,  
hay dobles sagrarios de fe y de esplendores ;  
unos, son la hilera de santos altares ;  
y otros, la alta cinta de ojivas de flores.

En narcotizados sueños de ventura,  
meditan los vidrios sublimes poemas,  
preces y palabras de eterna hermosura,  
versos de áurea lumbre y estrofas supremas.  
¿No oís cómo cantan los vidrios arriba  
un son de plegarias y humanos dolores ? ;  
cual una colmena retumba la ojiva  
con cien mil abejas bordadas en flores.

Todas labran, labran, celosas y fieles,  
las divinas celdas de un panal no visto,  
de un panal que llena los siglos de mieles,  
de un panal eterno: la boca de Cristo.

Abríos perennes, vidrios evangélicos,  
cual sublimes páginas de santa poesía ;  
sois los ventanales, cantos arcangélicos,  
libros de alta gracia, libros de armonía...

FIN